

**bam  
bú**  
AMÉRICA

Núria Pradas

# El misterio de la calle de las Glicinas



Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2006, Núria Pradas  
© 2016, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 - 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambuamerica.com

Ilustración de la cubierta: Pedro Espinosa  
Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2016  
ISBN: 978-84-8343-430-7  
Depósito legal: B-16913-2016  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL, Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 0034 91 702 19 70 / 0034 93 272 04 45).

# I

10 de junio de 1968

**E**l anochecer teñía el cielo de tonos anaranjados. Las calles, abatidas por las altas temperaturas de aquel día de junio que ya anunciaba el verano que se aproximaba, se llenaban de trabajadores que abandonando fábricas, oficinas y comercios regresaban a sus casas. Ese era también el caso de Damián, un joven de veinte años que solo hacía una semana que trabajaba como ilustrador en una importante revista gráfica. Era un oficio que lo apasionaba y, aunque reconocía que no lo habría conseguido nunca sin la influencia de su papá –un destacado banquero de la ciudad que se llamaba como él, Damián Serra–, había decidido aferrarse a aquella oportunidad sin dudar y luchar con todas sus fuerzas para ganarse un nombre, él solo, en el difícil mundo de la ilustración.

De momento, durante aquella primera semana de trabajo, había servido más cafés que dibujos había trazado su



pluma, ávida de alguna oportunidad. Pero Damián no era impaciente. Al contrario, todo el mundo lo consideraba un muchacho sensato, seguro de sí mismo, y con un carácter afable y tranquilo.

Damián abandonó la redacción a las siete de la tarde. Se detuvo en el puesto de prensa de la esquina. Sacó tres pesetas de su bolsillo y compró *La Vanguardia*. A diario, al salir del trabajo, se iba directo a casa, pero aquel día era viernes y Damián había quedado con unos amigos para ir al cine. Le tocaba a él seleccionar la película. Por eso empezó a hojear, sin mucha atención, el periódico. La noticia de la semana, el asesinato de Robert Kennedy, protagonizaba todavía los titulares del día. Pero Damián se había propuesto disfrutar de su primer fin de semana libre y no quería que nada le aguara la fiesta. Por eso, pasó rápidamente las hojas hasta que encontró la cartelera de espectáculos. Hojeando el periódico, había llegado a la estación del bus que tenía que llevarlo hasta su casa.

Damián no sabía que nunca llegaría a su casa.



## II

**E**staba parado en la estación del bus, que se llenaba de gente por momentos. Pero él no se daba cuenta; tenía los ojos fijos en la cartelera de cine y, por lo demás, nada parecía importarle. En el Novedades ponían *Adivina quién viene esta noche*, con Spencer Tracy y Sidney Poitier, y en el Lido, *El planeta de los simios*, con Charlton Heston. Le habían hablado muy bien de las dos, pero él prefería mil veces la sutil socarronería de Tracy a las demostraciones musculosas de Heston. Sí, irían a ver la de Tracy.

El ruido de un frenazo le hizo levantar la cabeza. Era su bus. Se dirigió poco a poco, en lenta procesión, detrás de la larga fila de gente que se había ido formando durante aquel rato. Se fijó en la muchacha que tenía delante; era difícil no fijarse en ella. Un perfume dulce, afrutado, comenzó a llenarle todos los sentidos y lo obligó a fijar la vista en aquella desconocida que, al principio, le había pasado inadvertida. Tal como la veía, de espaldas, lo que más le



llamaba la atención era su larga cabellera negra. El cabello liso y brillante le caía hasta la cintura, como una cascada de azabache. La gente empujaba, y sin querer, aunque sin lamentarlo tampoco, se pegó un poco más a la muchacha, que se apresuró a subir al bus. Él se encaramó detrás. El cabello negro de la joven le rozó la cara y aquel perfume intenso lo transportó muy lejos de la realidad. Ella ya tenía el boleto y se alejaba por el corredor, hacia el fondo del bus. Él la siguió, abriéndose paso a codazos hasta que consiguió situarse a su lado. No se daba cuenta de que el corazón le latía con violencia dentro del pecho. Si se hubiera parado a pensar qué hacía, qué sentía y qué pensaba, Damián no se habría comprendido a sí mismo. Pero no podía perder el tiempo pensando. Lo que quería era llamar la atención de aquella mujer, tenía que conseguir que se volteara, que le mostrara los ojos que ahora solo eran una promesa misteriosa; unos ojos que imaginaba dulces como el perfume que desprendía su cabello negro: olor a mandarina, olor a azahar...

Los deseos de Damián se hicieron realidad enseguida. El bus frenó con brusquedad y el cuerpo de la desconocida chocó contra el suyo. Ella se volteó, para disculparse con una sonrisa. Unos ojos almendrados, negros, intensos, se clavaron en los de Damián. Una descarga eléctrica, violenta, lo hizo temblar de arriba abajo. Ella sonreía en silencio. Él no pudo pronunciar palabra, no pudo sonreír. No sabía por qué, pero acababa de decidir que quería poner su destino en manos de aquellos ojos negros.

Cuando la muchacha bajó del bus, Damián no du-



dó en seguirla. No era su estación, evidentemente, pero en aquel momento no podía pensar en eso, en los amigos que lo esperaban para ir al cine o en Spencer Tracy. La vida de Damián estaba dando un giro rotundo, había sido totalmente trasmudada por aquella mirada intensa, de fuego, por aquel cabello negro, perfumado. Damián, tranquilo, equilibrado, el muchacho que siempre tenía los pies en el suelo, acababa de desaparecer tras una desconocida que lo conducía, inexorablemente, hacia un destino inquietante.

Seguía los pasos de la joven a una distancia en absoluto prudente. Ella, evidentemente, debía de darse cuenta de la persecución a la que era sometida. Pero seguía caminando tranquila, como si no se diera cuenta de nada, como si nada pasara, o como si el hecho de que la siguieran por la calle fuera la cosa más natural del mundo.

Así, una tras otra, fueron enfilando calles que Damián no había visto nunca antes. Pasaron por una plaza que parecía sacada de una postal y se dirigieron hacia un callejón angosto, tranquilo, a la sombra de las espesas arboledas de las fincas que se escondían detrás de las verjas, imponentes y señoriales. Si hubiera podido ver otra cosa que no fuera la muchacha morena, Damián habría podido percatarse de la belleza singular de aquel lugar desconocido.

Inesperadamente, la joven se volteó hacia él, plantándole cara. Él se detuvo, expectante; esperaba algo, sí, pero no sabía muy bien qué, tan grande era su aturdimiento.

–Ya llegamos –le dijo ella con una sonrisa generosa, encantadora, que ya había visto en el bus, y con una voz aterciopelada que parecía llegar de muy lejos.



Se había detenido ante una verja majestuosa, donde se apaciguaba la severidad fría del hierro con el color y el calor de las glicinas.

Damián seguía callado.

–¿Quieres entrar conmigo? –lo invitó la desconocida.

Él no respondió.

–¿Quieres entrar? –insistió, sin perder el brillo tentador de sus ojos.

Ante la impasibilidad del muchacho, la desconocida volvió a sonreír. Sacó una llave de la cartera que llevaba colgada del hombro y abrió la portezuela de la verja, que no volvió a cerrar. La muchacha la cruzó y avanzó unos pasos por el jardín que conducía a la casa, un edificio de dos plantas que quizá, en otra época, se había alzado elegante y majestuoso en medio del jardín.

La joven se volteó una vez más hacia Damián y sonrió de nuevo, invitándolo otra vez, en silencio, a seguirla.

Y Damián atravesó el umbral del misterio.



### III

Verano del 2000

**A** Elena ya no le quedaban lágrimas. Los ojos se le habían secado de tanto llorar. Pero la tristeza no desaparecía, no se fundía con las lágrimas, no se secaba nunca.

Hacía un mes exacto que Marc, su novio, había desaparecido. La había llamado a las siete desde el trabajo para quedar con ella:

–A las ocho delante de tu casa –fue lo último que le oyó decir.

Como cada viernes, Elena y Marc se disponían a construir su espacio de ocio y de libertad. Cuarenta y ocho horas para los dos, para estar juntos y divertirse. Desde que salía con Marc, Elena no abría ni un libro los fines de semana. Estaba estudiando Derecho y sus calificaciones se habían resentido, ya no eran tan brillantes como antes de empezar a salir con él, pero a ella eso no le importaba, porque si bien era cierto que las calificaciones habían empeorado, ella se sentía más feliz que nunca. Y es que Marc era



su primer amor. Su primer amor de verdad, ¡claro! ¡Y lo amaba tanto! Estaba segura de que tenía que ser el primero y el último, el único amor de su vida.

Elena esperó inútilmente a Marc, parada en la calle, cinco, diez, veinte largos minutos. Le extrañó, nunca se retrasaba. Al cabo de media hora, nerviosa, lo llamó al celular. El aparato estaba apagado. A las nueve, decidió llamar a su casa, con la esperanza de que respondiera Guille, el hermano de Marc, y no su papá o su mamá, a los que solo conocía de vista y hacia los que sentía una especie de pudor extraño.

Contestó Guille, pero sus palabras no fueron muy tranquilizadoras.

—¿Marc? No, no está en casa. Creía que estaba contigo.

Al día siguiente, a media tarde, después de haber preguntado sin obtener respuesta a sus amigos y de indagar en los hospitales, los papás de Marc decidieron denunciar su desaparición a la policía. En la comisaría hicieron los trámites de rigor, rellenaron una ficha con los datos del desaparecido e interrogaron a la familia, los amigos y los compañeros de trabajo. Interrogaron también a Elena. Y luego... ¡nada! Había que esperar unos días, a que las investigaciones dieran frutos, dijo el inspector jefe. Pero el inspector no dijo lo que su olfato, y los años de experiencia, le hacían sospechar: que aquel caso tenía aspecto de ser una desaparición «limpia», una de esas que no dejan pistas. Un caso más entre el centenar de casos de jóvenes de-saparecidos en la gran ciudad durante el año. Uno de aquellos casos que no se solucionan nunca.



Al cumplirse un mes de la desaparición de Marc, Elena se hundió. Aquello era una agonía. A veces se sorprendía pensando que hubiera preferido que Marc estuviera muerto. Al menos, así sabría dónde estaba, se habría podido despedir, podría llevarle flores a la tumba. Pero cuando Elena tomaba conciencia de esos negros pensamientos, sacudía la cabeza de lado a lado para ahuyentarlos. Marc estaba vivo. ¡Seguro que estaba vivo! Pero, ¿dónde? ¿Por qué había desaparecido así, de repente? Quizá en esos momentos, mientras ella lloraba por él, él sufría, o se encontraba solo, perdido... Pero, ¿por qué? ¿Por qué? Dios mío, ¿por qué él?

Elena paseaba, nerviosa, arriba y abajo de la habitación. Parecía una fiera enjaulada. La pena y la impotencia se mezclaban y la convertían en un manojo de nervios. Su familia ya no sabía qué decirle ni cómo consolarla. Y ella no sabía qué hacer. No podía acudir a la policía; siempre que el inspector jefe la veía, se escondía, y si no le daba tiempo a esconderse, se la quitaba de encima con palabras amables pero vacías. Tampoco quería volver a la casa de Marc. Estaba muy dolida por cómo la habían tratado los papás del muchacho. Porque, si bien era cierto que la relación con Marc no era formal –hacía solo seis meses que eran novios y aún eran demasiado jóvenes para formalizar nada–, eso no justificaba que la ignoraran, que la despreciaran, como si solo ellos tuvieran la exclusiva de sufrir, como si solo ellos lo amaran. Claro que con Guille era otra cosa... ¡Guille!

Elena se abalanzó hacia el teléfono, decidida a hablar con Guille. Si contestaba la mamá o el papá de Marc, colgaría. Sa-



bía que eso les podía hacer sufrir más, pero ellos tampoco habían sido muy considerados con su sufrimiento.

El teléfono dio tono, una... dos... tres veces.

«¡Por Dios! Venga, Guille, ¡contesta!»

–Sí, ¿diga?

–¿Eres tú, Guille?

–Sí. ¿Eres Elena?

–Guille, escúchame... Tenemos que hablar.

–Elena, ¿qué pasa? Estás muy nerviosa. ¿Sabes algo de Marc? ¿Tienes alguna noticia?

–No, pero tengo una idea. Y no puedo seguir ni un minuto más así.

–¿Así? ¿Cómo?

–De brazos cruzados, ¿me comprendes? ¿Podemos ver- nos, Guille? Dime que sí, por favor.



## IV

**M**edia hora más tarde, Elena y Guille estaban sentados cara a cara en una pequeña granja cercana a sus casas. Se conocían desde hacía seis meses, el mismo tiempo que llevaban de novios Elena y Marc. El muchacho le presentó de inmediato a su hermano, con quien tenía muy buena relación. Guille tenía veinte años, dos menos que Marc, y estudiaba segundo de Periodismo, siguiendo los pasos del hermano mayor, que ya había terminado la carrera con calificaciones brillantes y había encontrado, tan solo hacía un par de meses, su primer trabajo en una revista sensacionalista, pero de mucho éxito en todo el país.

Guille le caía muy bien. Físicamente se parecía a Marc. Como él, era alto y corpulento, tenían el mismo perfil: la nariz era idéntica; los labios, carnosos, parecían dibujados por la misma mano. La mayor diferencia era que Marc era moreno y tenía los ojos oscuros, mientras que Guille tenía



el cabello más claro y los ojos de un gris verdoso que cortaba la respiración. A veces, Elena se había sorprendido pensando que si Marc hubiera tenido los mismos ojos que su hermano, habría rayado la perfección.

–Bueno, ¿qué querías decirme, Elena? –le preguntó Guille, clavando sobre la muchacha aquellos ojos misteriosos y tiernos a la vez.

–Guille, tenemos que hacer algo.

–¿Algo? ¿A qué te refieres?

–A que tenemos que investigar por nuestra cuenta.

–Te refieres a la desaparición de Marc, ¿verdad? –preguntó el muchacho con una ingenuidad que impacientó a Elena que, enojada, pensó que ojalá el desaparecido hubiera sido Guille y no Marc. Pero enseguida se arrepintió de aquel mal pensamiento, y le pidió perdón con la mirada.

–¡Pues claro que me refiero a la desaparición de Marc! Guille, yo ya no puedo más. Voy a volverme loca.

–Vamos a acabar todos locos. Si supieras el ambiente que hay en mi casa... Pero si la policía no resuelve los entresijos de esta desaparición, ¿qué podemos hacer nosotros?

–La policía pronto cerrará el caso. Marc no es Marc para ellos. Es un número en un expediente. Un joven desaparecido entre muchos otros chicos y chicas desaparecidos. Ellos no lo aman. Pero nosotros sí lo queremos, ¿verdad, Guille?

Guille luchaba por reprimir unas lágrimas rebeldes. Se frotó los ojos, como si quisiera arrancarse la tristeza.

–Sí, claro.

–Y tú no crees que esté muerto, ¿verdad que no lo crees, Guille?



Guille vaciló antes de responder.

–No.

–Entonces debemos buscarlo. Nadie lo conoce mejor que nosotros dos. Podríamos reconstruir el... el último día. ¡Sí! Podemos volver a dar los mismos pasos que dio Marc el día de su desaparición.

–Pero eso ya lo hizo la policía.

–Sí, pero, ¿cómo lo hicieron? Ellos no lo conocen. Se les pueden pasar por alto muchos detalles, cosas que ignoran... no lo sé... cosas que nosotros... Además, di, ¿perdemos algo con intentarlo? Se trata solo de ir a dar un paseo. De dar el último paseo que dio Marc. Si no encontramos nada, nos volvemos a casa, y listo. Al menos lo habremos intentado.

Estas palabras produjeron el efecto esperado. A pesar de que Guille no estaba convencido de obtener resultados, no se podía negar a la súplica de Elena. Bien mirado, rehaciendo los pasos de Marc, recorriendo las calles que lo vieron desaparecer, quizá conseguiría apaciguar un poco aquel desasosiego que lo carcomía por dentro.

Finalmente, Guille dijo:

–De acuerdo. ¿Por dónde empezamos?

Empezaron por la redacción de la revista donde trabajaba Marc hasta el día de su desaparición. Al llegar, Elena tuvo la impresión de haber estado allí antes. A pesar de que Marc era muy hermético en cuanto al trabajo y no le contaba en qué estaba trabajando, sí le había hablado varias veces de aquel lugar, y lo había hecho con los ojos



observadores de un buen periodista. En efecto, aquel local era el lugar bullicioso y anárquico que Marc le había descrito. Todo el mundo parecía tener apuro y todos hablaban a gritos. Las computadoras echaban humo, parecían a punto de explotar de una sobrecarga, y en los ceniceros se apilaban montañas de colillas humeantes. Era, como decía a menudo Marc, una auténtica olla de grillos, en la que cada cual iba a lo suyo y nadie parecía haberse dado cuenta de la presencia de aquellos dos muchachos que, tímidamente, preguntaban por Joan Martí.

Joan Martí era compañero de Marc, trabajaban mesa con mesa. Elena sabía que todos los días salían juntos del trabajo y tomaban, también juntos, el metro. Seguramente aquel día, el último día, también debían de haber hecho juntos el trayecto. Por eso, Elena había pensado que sería buena idea comenzar su particular investigación interrogando a aquel muchacho. Sin saber muy bien por qué, cuando lo tuvo delante una sensación extraña le hizo cosquillas en el estómago.

–Sí, salimos juntos del trabajo, como todos los días. Pero ya le conté a la policía todo lo que sé –medio tartamudeó el joven, que no parecía muy contento con aquella visita.

Elena lo miró desolada.

–Ya lo sabemos, Joan, y no es nuestra intención molestarte, pero... mira, Guille es el hermano de Marc y yo... yo soy su pareja; para nosotros, ¿cómo te lo diríamos? Las investigaciones de la policía no nos tranquilizan, ¿sabes?



Estas palabras relajaron un poco al muchacho, que tan displicente se había mostrado con sus visitantes.

–Bueno... yo... yo tampoco me fío mucho de los polis –y mientras decía esto, Joan Martí mantenía la mirada perdida entre el desorden de papeles que había en su mesa.

Elena intuyó que iba por buen camino.

–Mira, quizá te parecerá un disparate, pero... ¿te importaría que volviéramos a hacer el trayecto en metro que hiciste con Marc aquel día?

–¿El del último día?

–Sí. Quizá hay algún detalle... yo qué sé... algo que a ti no te parece importante pero que para nosotros...

–Elena se detuvo, emocionada–. Para nosotros sí tiene importancia.

Joan Martí sonrió con una especie de mueca que empequeñeció aún más aquellos ojos que eran como dos puntitos oscuros en una cara totalmente impenetrable. Había entrado en la redacción un poco antes que Marc, y sin que Elena –ahora que lo tenía delante por primera vez– acabara de entender muy bien por qué, los muchachos se habían hecho buenos amigos. O al menos, Marc le hablaba a menudo de aquel muchacho, un joven que, además de adusto y áspero, era delgado como un palillo y, también como un palillo, amarillento. Tenía un aspecto enfermizo y vestía de manera descuidada, con el pelo peinado en una larga coleta tan lánguida como todo lo demás. No, no lo entendía. A ella, más bien le provocaba cierta repulsión y una desazón difícil de disimular. ¿De qué podía hablar Marc con un individuo como aquel?



Elena pensó que de allí no sacarían nada interesante en cuanto a la resolución del caso. Y seguro que los policías que le habían tomado declaración debían de haber pensado lo mismo.

Mientras Elena se perdía en estas reflexiones, una pared de silencio se había levantado entre los tres jóvenes. Era un silencio tenso, pero no parecía molestar a Joan Martí, que ahora había fijado aquellos ojos de zorro en el rostro dulce de Elena, en los labios redondos y húmedos de la chica, en los ojos enrojecidos por la tristeza, pero aun así bonitos y seductores.

Elena notó esa mirada clavada en ella como un cuchillo, y un escalofrío recorrió su cuerpo. Pero ya era tarde para rectificar. Vaciló un poco, antes de tener fuerzas para preguntar:

–Entonces... ¿contamos contigo?

Guille y Elena esperaron pacientemente en la calle hasta que Joan Martí salió del trabajo. A las siete en punto el muchacho se unió a la pareja. Los tres anduvieron calle arriba hasta el metro. Elena y Guille caminaban en silencio. Una losa les comprimía el pecho. El otro, ajeno al dolor que Guille y Elena pudieran sentir, caminaba con la cabeza baja, silbando una especie de melodía que a Guille le llamó la atención y lo inquietó extrañamente.

Los tres jóvenes bajaron la escalera del metro. Se dirigieron hacia el andén.

–Llegamos en el preciso momento en que el metro arrancaba –dijo Joan Martí–. Marc corrió, pero cuando vio



que era inútil se detuvo. Entonces nos sentamos en este banco –Joan señaló uno de los bancos del andén, que ahora ocupaban tres jóvenes, dos muchachas y un muchacho, que movían la cabeza al ritmo de la misteriosa música que salía de sus auriculares.

Elena observó el banco con un respeto casi religioso. Luego clavó los ojos en Guille, que le devolvió una mirada empañada por un velo de añoranza. Aquello era más difícil de llevar a cabo de lo que habían imaginado. Joan Martí parecía ausente; seguía silbando aquella canción y, de vez en cuando, clavaba su turbia mirada en el rostro de Elena, que no se atrevía a levantar la vista del suelo para no encontrarse con aquellos ojos.

La joven, nerviosa, pensaba en qué podía decir, algo que allanara la tensión que la compañía de Joan Martí les causaba:

–¿Qué... qué hicieron mientras esperaban el metro? ¿Recuerdas si hablaron de algo en especial...?

–No. Como siempre. Hablamos del fin de semana, del trabajo...

Elena lo interrumpió:

–¿Marc te pareció normal? Es decir, ¿estaba como siempre? ¿Notaste algo extraño en él?

–No.

–¿Y se montaron juntos en el metro? –insistió Elena, que ya no sabía qué actitud mostrar ante aquel muchacho tan extraño.

–Sí. Llegó otro metro y nos montamos.



Como si las palabras de Joan Martí estuvieran estrechamente unidas a la realidad, en aquel mismo instante un convoy del metro entró en la estación. Los jóvenes se montaron.

–El metro iba bastante lleno, pero ya saben que en esta estación baja mucha gente. De todos modos, no nos sentamos. Nunca lo hacíamos.

–Entonces, ¿estuvieron parados hasta que llegaron al destino?

El joven respondió rápidamente:

–No, no. Marc bajó antes aquel día.

Habló rápido, como si no lo hubiera pensado, y ahora miraba a los chicos de reojo y se mordía el labio con un gesto extraño.

–¿Bajó antes? –preguntó Guille, acercándose al muchacho.

Joan Martí se quedó callado. La mirada extraviada demostraba que había perdido el dominio de la situación.

–¿Bajó antes? –repitió Elena, en voz baja, como si se lo preguntara a sí misma. Guille no pudo evitar expresar su extrañeza.

–Pero, ¿por qué? –preguntó mirando a la chica-. ¿No había quedado contigo, Elena?

–Sí. Habíamos quedado. Y me dijo que antes quería pasar por su casa para cambiarse de ropa. No sé por qué bajó antes.

Elena y Guille se quedaron mirando a Joan Martí, ahora abiertamente, con ojos interrogantes, como si la respuesta se encontrara en aquel muchacho de aspecto desganado. Él, que se sintió aludido, se encogió de hombros con un gesto mezquino. Estaba irritado:



–Y yo qué sé por qué bajó antes. No me dio explicaciones, ni yo se las pedí. Se despidió y desapareció.

–Sí, desapareció –repitió Elena con tristeza.

Joan Martí calló. No le había pasado inadvertida la tristeza de la joven, ni tampoco su falta de tacto. Sin embargo, continuaba mirando a aquella mujer con la mirada sombría y nada en él hacía pensar que sintiera ningún tipo de arrepentimiento por sus palabras.

Al llegar a la estación en que Marc había bajado el día de la desaparición, Elena se despidió con frialdad de Joan Martí. De hecho, tanto ella como Guille tenían unas ganas tremendas de perderlo de vista. Aquel muchacho, de aspecto viscoso y de modales aún más viscosos, les repelía. Además, no les había servido de mucho, la verdad. Aunque lo de las estaciones...

–Bueno, nosotros bajamos aquí.

Joan Martí no hizo ningún gesto de despedida. Sencillamente, se quedó como estaba, exactamente igual, con aquella expresión ausente, como si fuera de corcho.

Guille y Elena aprovecharon la rapidez con que se abren y se cierran las puertas del metro para desaparecer. Una vez en el andén, aún pudieron ver el rostro de Joan Martí, engullido por la oscuridad del túnel. Y les pareció más repulsivo que nunca.

–¿Y ahora qué? –preguntó Guille.

Pero Elena no tuvo tiempo de darle una respuesta, porque una voz aguda y chillona resonó detrás de ellos.

–¡Eh! Eh... Esperen un momento, por favor, tengo que hablar con ustedes.

